Foto de Daniel

VOMITO DE DINOSAURIO

Del Museo de los Dinosaurios en Salas de los Infantes, Burgos, escapó uno de ellos, viniéndose para Burgos capital, no sin antes darse un chapuzón en las piscinas municipales del pueblo a pesar del frío helador de invierno que hacía.

Antes de llegar a la capital, hizo un recorrido por los lugares turísticos de su alrededor. Junto a las tapias del monasterio de Silos, defecó. En la Laguna Negra de Neila, orinó. Junto a la Iglesia de Quintanilla de las Viñas se sentó para escuchar unos rebuznos que le eran familiares desde muy antaño.

Los niños y otros sujetos de los pueblos por donde pasaba comentaban:

-¡Ay qué lindo y que fuerte¡ ¡Ay qué milagro ver un Dinosaurio¡

Al entrar en Burgos, en el Alto de la Varga, tuvo una intuición siguiendo a un coche que conducía una muchacha morenita, que salía del Club Las Malvinas y que le llevó, cruzando la Ciudad y su Bulevar, hasta el Paseo de la Isla. El coche se metió en el Hospital de San Juan de Dios, siguiendo él su camino hasta la Barriada San Juan Bautista, en su tiempo, un predicador ambulante al que él tenía mucho afecto porque, en el Museo de los Dinosaurios, se le tenía por modelo.

A la altura de los columpios del Paseo de la Isla, se paró quedando ensimismado viendo a los niños jugar en los columpios, tirarse por el tobogán, montar en los caballitos, etcétera, y a las madres y algunos viejos queriéndose hacer una foto poniendo su cara en unas figuras de madera que imitaban a los Gigantillos, figuras típicas de Burgos.

Ya cerca de la gasolinera de Las Fuentecillas, se paró. Hoy es domingo y está cerrada. Pero él, del modo más solemne y circunspecto, abrió un surtidor, cogió la manguera, empezando a chupar de ella gasolina de la buena.

Se hartó. Se puso a reventar. Tanto, que, a la altura de los columpios, al lado de la gasolinera, mi nieto y yo le vimos vomitar con gran esfuerzo, bien recio. Por su boca salían con estruendo una cantidad enorme de aceitunas con hueso y sin hueso; algunas rellenas de anchoa; dejando una mancha en el suelo del pequeño aparcamiento.

Después, le vimos marchar hacia la Barriada con esmero. Era tal su contento de haberse quedado a gusto, que al más indiferente excitaba al verle echar por la boca fuego de alegría.

Un ciclista que se había parado en el carril bici para contemplarle, exclamó:

- Verde como un loro, bravo como un toro: Ese fuego que sale de su boca es de la guindilla que se ha comido junto con las aceitunas.

-Daniel de Culla